

“SOLO!” (1891), DE DANIEL RIQUELME: TESTIMONIO IMAGINARIO DE UNA CRISIS HISTÓRICA

Eduardo Aguayo Rodríguez
Departamento de Lenguas, Facultad de Educación.
Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile.
eaguayo@ucsc.cl

Alicia Rey Arriagada
Escuela de Periodismo, Facultad de Comunicación, Historia y Cs. Sociales.
Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile.
arey@ucsc.cl

En su edición del 21 de septiembre de 1891, el diario antibalmacedista *La Libertad Electoral*, de propiedad de los hermanos Matte, cerraba una columna de opinión sobre el reciente suicidio de su enemigo político con estas implacables palabras:

Sobre el cadáver ensangrentado de Balmaceda, quisiéramos decir algunas de las palabras de paz i de induljencia que suelen pronunciarse delante de los muertos. Pero la paz i la induljencia son imposibles para los hombres que merecieron por sus acciones la condenación unánime de sus contemporáneos, i que merecerán también la condenación inexorable de la posteridad.

El juicio, dictado por los vencedores de una lucha fratricida, nos ofrece una referencia precisa para entender el contexto histórico y discursivo que enmarca el documento presentado a continuación, “Solo!”, breve crónica publicada en esa misma página por *I. Conchali*, seudónimo del escritor y periodista santiaguino Daniel Riquelme Venegas (1853-1912).

A pesar de ser una figura, sin duda, marginal en el ámbito de la narrativa chilena, el nombre de Riquelme se ha mantenido relativamente activo en la memoria del lector aficionado a las antologías gracias a un breve relato ambientado en la Guerra del Pacífico: “El perro del regimiento”, publicado en 1885 junto a otras anécdotas de campaña reunidas bajo el título de *Chascarrillos militares*. Se ha discutido si estos textos marcan o no el inicio del cuento chileno como género autónomo, distinto del tradicional

artículo de costumbres y de los esbozos novelescos presentados como “cuentos” por José Victorino Lastarria. La tesis tradicional, que ve en los textos de Riquelme un hito fundacional en la historia de nuestra narrativa, fue aceptada y promovida en un principio por los editores de la *Antología del cuento chileno* (1963) preparada por el Instituto de Literatura Chilena, quienes además identificaron al escritor como el “primer autor chileno de cuentos criollistas” (24); por su parte, Mario Rodríguez, en su *Antología del cuento hispanoamericano* (1970), suscribió parcialmente esta tesis, presentando “El perro del Regimiento” como el primer relato chileno que logra superar el dominio formal del costumbrismo para alcanzar la realidad expresiva del cuento, aunque inscribiéndolo dentro del naturalismo literario; las posteriores ediciones de ambas antologías optaron, sin embargo, por desestimar los textos de este escritor, relegándolo, en el mejor de los casos, a la posición de meritorio precursor. Contribuyó a fundamentar este juicio la trascendencia que suele adquirir el contenido histórico-factual en la narrativa de Riquelme, rasgo que iría en desmedro, a juicio de algunos de sus más importantes comentaristas, del valor estrictamente literario de su escritura (Latorre, Montes y Orlandi, Rojas). Sobre este punto, nos limitaremos a señalar que la preeminencia de lo histórico en desmedro de lo ficcional es evidente sobre todo en sus anécdotas militares, corpus que constituye apenas una fracción de la extensa producción editorial del autor. En este sentido, la lectura de otros textos recientemente rescatados donde predomina la exploración sensible e imaginativa de los temas tratados –*X...?* (1887), *Un poseur* (1888), *El loco del espediente* (1888), entre otros– permitiría plantear, pensamos, un juicio crítico más fundamentado sobre el lugar del autor en el canon del cuento chileno (cf. Aguayo).

A medio camino entre la crónica periodística, el testimonio histórico y el relato de ficción, “Solo!” narra la inhumación de los restos mortales de Balmaceda desde una perspectiva más compleja que la exhibida por los editores de *La Libertad Electoral*, tanto a nivel ideológico como formal. En este sentido, es destacable que Riquelme, o más bien *I. Conchalí*, haya optado por narrar los acontecimientos y asumir una perspectiva que, sin plantear una crítica abierta al accionar de los grupos vencedores, relativiza el alcance y significado de su triunfo, enfrentándolos a su vez al juicio inevitable del tiempo y del olvido. Significativamente, el texto evita toda mención al nombre de Balmaceda, signo cargado por las pasiones partidistas del convulsionado ambiente post-golpe; sin embargo, el narrador no deja de iluminar el cadáver del infortunado líder, cuyo cuerpo destrozado parece convertirse, a través de una detallada y expresiva descripción que contrasta con la escueta mención de la editorial ya señalada, en cifra de una violencia política desatada sin distinción sobre la entera comunidad nacional. Enfrentado a este escenario, sin duda catastrófico desde la perspectiva de un apasionado lector de la historia como lo fue Riquelme, no es extraño que el texto se resuelva por apelar a una nación fundada en la memoria, una comunidad imaginaria capaz de sobrevivir “a todos los hombres, a todas las cosas, a todos los cataclismos” y que reúne el esplendor de los héroes y los próceres de la Independencia con el civismo

silencioso de otros personajes menos notorios, como el doctor Sazié, cuya familia fue víctima, en efecto, del saqueo y la persecución impulsados por el antibalmacedismo.

Anotemos, a manera de cierre, que el artículo no está registrado en la bibliografía general de Riquelme propuesta por Mariano Latorre y Miguel Varas en su estudio de 1931, investigación que constituye una de las revisiones más detalladas de su obra, ni ha sido incluido en otras antologías, como la realizada por Manuel Rojas y Mary Canizzo en 1957. Su recuperación fue posible gracias a una investigación financiada por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes en su convocatoria 2015, que se propuso rescatar, estudiar y difundir parte de la obra de este autor mayormente ignorado. La versión que presentamos preserva en lo fundamental la ortografía de la época, aunque hemos modernizado el uso de la tilde y corregido ciertas inconsistencias en la puntuación, atribuibles a la premura de su publicación.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguayo, Eduardo. “Notas preliminares”. *Daniel Riquelme en La Libertad Electoral. Antología de relatos, crónicas y artículos de costumbres (1887-1899)*. Ed. Eduardo Aguayo. Concepción: autoedición, 2015.
- Instituto de Literatura Chilena. *Antología del cuento chileno*. Santiago: Editorial Universitaria, 1963.
- Latorre, Mariano. “La chilenidad de Daniel Riquelme”. *Cuentos militares y otras páginas de Daniel Riquelme*. Eds. Mariano Latorre y Miguel Varas. Santiago: Imprenta Universitaria, 1931. V-XXXIII.
- Montes, Hugo y Julio Orlandi. *Historia y antología de la literatura chilena*. 6ta Ed. Santiago: Editorial del Pacífico, 1963.
- Riquelme, Daniel. “Solo!”. *La Libertad Electoral* [Santiago] 21 Sept. 1891: 2. Microfilme. PCH 328. Colección Microformatos, Biblioteca Nacional de Chile.
- Rodríguez, Mario. *Cuentos hispanoamericanos*. Santiago: Editorial Universitaria, 1970.
- Rojas, Manuel. *Historia breve de la literatura chilena*. Santiago: Zig-Zag, 1964.
- Rojas, Manuel y Mary Canizzo. *Los costumbristas chilenos. Estudio y selección*. Santiago: Zig-Zag, 1957.

SOLO!

DANIEL RIQUELME

Allá a lo lejos se sentía el bullicio alegre del mundo.

Ráfagas del viento de la noche que caía llevaban a ratos, con su intermitencia de alas, rumores confusos de la ciudad entregada a la celebración de las fiestas patrias, rumores de banquetes entremezclados a veces con estruendos de orjías.

De diversos puntos, en los arrabales, se elevaban cohetes en vertiginosa carrera, i después de brillar un instante sobre el cielo oscuro se confundían con las sombras de la noche i de la nada, entre el cansancio o el desdén de los que seguían su huella de chispas i de humo – ¡exacta imagen del destino de los que aman el brillo fugaz de las apariencias teatrales de la vida!

Sin embargo, toda esa alegría, toda esa justa i santa alegría de un pueblo que celebra sus más caras conquistas, se oía en la fúnebre paz de aquella morada como la música de un baile en la casa en que se vela a un muerto.

A lo lejos también comenzaban a encender las luminarias del *dieziocho*, i la luna rayaba con una orla de luz la cresta sombría del San Cristóbal, indiferente como siempre a los pequeños dramas de aquí abajo.

Luego se sintió el rodado de varios carruajes que se acercaban a toda prisa, i en el fondo de la ancha avenida brilló el resplandor de los faroles que avanzaban hendiendo las tinieblas.

Un conserje, con un manajo de llaves al cinto i en la mano una linterna de cementerio o de presidio, abrió un ala de la puerta del centro.

I en la campana de la pequeña torre una mano maquinaal o piadosa hizo sonar tímidamente dos o tres de esos dobles con que anuncian la llegada de un nuevo cadáver.

Momentos después, los carruajes se detuvieron frente a la puerta en que se ha grabado este grito de cansancio i suprema desilusión:

¡Única Esperanza!

Las personas que parecían esperar, dos curiosos i tres empleados, i las que descendieron de los carruajes, cinco por todas, se agruparon en la portezuela del que había llegado primero, un carruaje de posta, rodeado porfiadamente por un pequeño piquete de policiales, de esos que escoltan el carretón de los ajusticiados o la carroza de los que van a presidio.

– ¡Concluyamos! – dijo una voz.

Se abrió la portezuela del carruaje i en brazos de tres personas fue bajado trabajosamente, porque chocaba contra sus marcos, un bulto largo, envuelto en una sábana blanca, i lacio, inerte, descoyuntado, como todo lo que no tiene vida.

A la puerta de un cuartel, aquello habría sido un ebrio.

A la puerta del Cementerio, aquello era un cadáver.

El conserje acercó su linterna, un oficial de policía recorrió los pliegues de la sábana i apareció una cara lívida, seca, contraída, que bamboleaba a derecha e izquierda. Se destacaba la nariz aguda sobre una mancha morada que iba creciendo como una noche repentina.

Se veía que la horrible demacración de la muerte había caído sobre la estenuación de una larga fatiga.

¡Allí estaba dos veces la muerte!

Una abundante cabellera peinada hacia atrás caía sobre el cerebro, una frente ancha, horadada por un hoyo oscuro i profundo, con bordes desgarrados i sanguinolentos. La ceja derecha, herida, mantenía abierto un ojo arrugado i sin brillo.

¡Era él!

¡Ninguna mano amiga había cerrado sus pupilas!

Las quijadas comenzaban a caerse, dibujando la mueca espantosa de los cadáveres.

¡Él...!

Fue encerrado en un cajón modesto que estaba listo en una de las salas de la administración.

La tapa se clavó de prisa i luego andando... andando por entre las sombras de las rejas, de los mausoleos i de los tristes cipreses.

Se abrió la puerta de una gran tumba, se empujó el ataúd y los goznes volvieron a rechinar, como pajarracos enfadados de que se les perturbara en su reposo.

I la misma voz que al principio dijo: – ¡Concluyamos! volvió a decir un poco temblorosa ahora:

– ¡Hemos concluido!...

I ni una flor.

Ni una lágrima.

Ni una oración.

¡I ni un puñado de tierra!

Aquel ataúd quedó cerca de otro más pequeño, ya medio roído por el tiempo i en el cual brillaban, como hilos de plata, las huellas casi fosforescentes de las babosas que andaban sobre él.

Era el del hijo.

I el llegado, del padre.

¡Cuánta diferencia en el curso de tan breves días!

Lo recuerdo como si fuera ayer.

Todas las huestes de un caudillo político, todos los soldados de un general vencedor, todos los amigos de un hombre feliz, todos los cortesanos de una gran fortuna i de un gran poder, escoltaban el pequeño ataúd cubierto de flores.

Un hermoso sol en la plácida tarde de otoño parecía besar la apoteosis mundana de aquel niño, que no tenía historia, pero que fue llorado como el último heredero de una gloriosa dinastía.

¡Cuántas coronas i cuántas estrofas entonces!.....

I el otro entró solo, de prisa, a hurtadillas, entre las sombras de la noche, en medio de la decoración cuasi teatral de un crimen.

¡Qué lecciones apareja el tiempo, oh justicia inminente de las cosas!

I cuánta razón tiene en su indiferencia la luz de esta pálida lámpara de los cielos, que alumbraba, así los pequeños triunfos de los grandes hombres como las grandes caídas de sus pequeñas grandezas.

¿Acaso nuestras pasiones de amor o de cólera cuando aplaudimos a los héroes o arrastramos a los tiranos la preocupan más que el canto de las ranas en los charcos de este cementerio?

Sabe de sobra a qué atenerse respecto a las comedias de la vida i a sus actores.

Todos tenían prisa de retirarse, i, sin embargo, todo parecía retener, con una estraña i traidora invitación en aquel recinto.

Los grillos, entre las yerbas de los sepulcros, cantaban, como desde el principio del mundo, su invariable canción.

En los cipreses graznaban las aves de la noche, i las ratas corrían a escape de una tumba a otra, todos viviendo de la esperanza de un féretro que se abra o de un cadáver que se olvide para comer, gozar i vivir; aun para que coman, gocen i vivan la hembra i la prole que aguardan en la cueva i en el nido; porque, como el hombre, tienen ellos amores i también odios.

.....

Un ambiente de paz brota de todas partes como un himno sagrado de la naturaleza a la vez que un ansia de sueño se apodera del espíritu, medio convencido aquí de la inutilidad de seguir corriendo, como el viajero sediento del desierto, tras las fuentes impalpables que dibuja el aire.

¿Qué somos i para dónde vamos?

¿A qué construir este castillo de naipes de la vida humana, si un soplo de viento lo echará al suelo?

¡Pero no, no todo muere! – Aquí están O'Higgins, Salas, Sazié i tantos otros para decirnos que la virtud, el amor a la patria, el amor cristiano de la humanidad sobreviven a todos los hombres, a todas las cosas, a todos los cataclismos.

.....

Avisaron que iban a cerrar las puertas.

En la calle aumentaba la alegría.

En el Municipal, repleto de jente, se daba Hernani.

¡Porque así es la vida!

Una gota de agua que cae al mar, un átomo de polvo que vuelve al seno de la tierra no pueden interrumpir la armonía universal de la naturaleza, que es la vida, porque es el olvido.

I. CONCHALÍ

LA LIBERTAD ELECTORAL, 21 de septiembre de 1891.